HISTORIA

DE LOS VALIENTES CABALLEROS

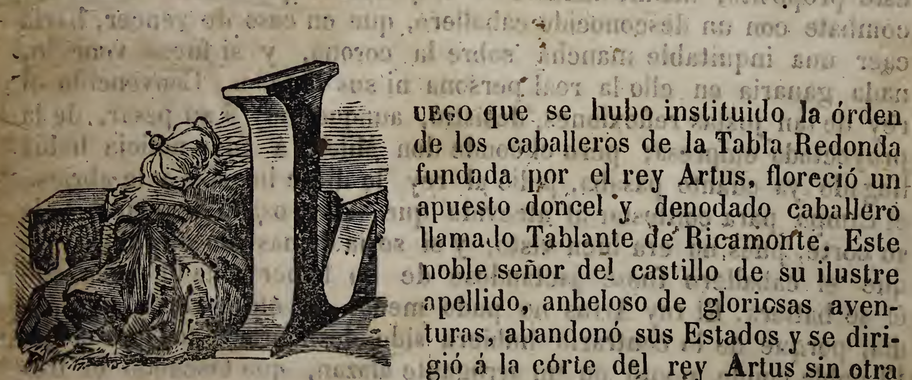
TABLANTE DE RICAMONTE

Y

JOFRE DONASON.

CAPITULO PRIMERO.

Se presenta Tablante de Ricamonte en la córte del rey Artus y desafia á todos los caballeros de la Tabla Redonda, venciendo y llevándose prisionero al conde don Milan.—Jofre Donason pide ~~un tonic~~ para ir á libertarle.



Luego que se hubo instituido la órden de los caballeros de la Tabla Redonda fundada por el rey Artus, floreció un apuesto doncel y denodado caballero llamado Tablante de Ricamonte. Este noble señor del castillo de su ilustre apellido, anheloso de gloriosas aventuras, abandonó sus Estados y se dirigió á la córte del rey Artus sin otra compañía que su esfuerzo; y despreciando á los caballeros de la nueva Orden, cuyo fundador era el rey, se entró en la córte y dirigiéndose al palacio, manifestó á los criados y guardias de Su Alteza, que él era un caballero andante, y que su objeto era el de batirse con el mejor que hubiese en la córte, seguro de salir airoso en la demanda por conceptuarse mas esforzado que ninguno de

uya prueba la sentenciaria con su espada admitido que fuese ..o que formalmente hacia. Asombrados los guardias y sirvien-.. del rey de tan temeraria empresa, y deseosos de castigar el insolente descaro de un solo caballero que se atrevia á desafiar á todos los de la córte, dieron parte al rey de la demanda de Tablante, quien les contestó le dijeran que manifestara su nombre; pero el caballero no quiso acceder á ello, diciéndoles que á su tiempo lo diria.

Admirados el rey y la reina, que á la sazon se hallaban reunidos en uno de los magníficos salones de palacio, de la arrogancia del andante caballero, preguntaron á sus ministros si habia alguno de los de la Tabla Redonda capaz de salir á campaña y castigar la osadía é insnlto hecho á su córte, por el desconocido caballero que armado con las mas brillantes armas y soberbio caballo, esperaba en la muy ancha Plaza del palacio la contestacion al reto que habia osado hacer. Los ministros contestaron á Sus Altezas, que por una rarísima casualidad no se hallaba en la córte otro caballero que el conde don Milan, imposibilitado entonces de poder salir á campaña á consecuencia de una grave enfermedad que habia padecido y de la que aun se hallaba en convalecencia, por lo que sus fuerzas estaban debilitadas en sumo grado. Al escuchar el rey esta noticia, mandó le proveyesen de sus armas, decidiéndose él en persona á responder al duelo á que se provocaba á todos los caballeros de su córte; pero la reina le hizo desistir de este propósito, manifestándole lo imprudente que seria salir á un combate con un desconocido caballero, que en caso de vencer, haria caer una inquitable mancha sobre la corona, y si fuese vencido, nada ganaria en ello la real persona ni sus Estados. Convencido el rey de tan justas reflexiones, desistió, aunque muy á su pesar, de la proyectada empresa; pero el conde don Milan, á cuya noticia habia llegado ya cuanto pasaba, pidió al rey le diese licencia y le abriese el campo para contestar al atrevido que habia osado desafiar á toda su córte; pues no era bien visto, y sí seria demasiado afrentoso, el que el caballero fuese jactándose de no haber hallado quién con él se batiera. El rey Artus no pudo menos de otorgarle lo que pedia, porque de lo contrario hubiera sido deshonrar á toda su córte. El noble conde montó en un arrogante alazan, que tascando el freno que cubria con blanco espumarajo, y esparciendo la arena por el aire con sus delgadas manos, daba inequívocas pruebas de su fogosidad y bravura. Una brillante armadura de bruñido acero esmaltada en oro, un gracioso casco de relumbrante plata, en cuya cimera ondeaba un hermoso plumero blanco, una gruesa lanza, una larga y brilladora espada, y una daga de marfil y acero, com-

ponian el todo de las armas del ilustre conde, que partió inmediatamente para la gran plaza donde le esperaba el desconocido mantenedor: puesto á su frente se saludaron con política suplicándose mútuamente manifestasen sus nombres, á lo que accedieron gustosos.

Pasados estos cumplidos propios de aquellos tiempos, los dos caballeros tomaron el suficiente espacio para encontrarse con mas fuerza, y fue tan grande el primer choque que los dos bambolearon sobre las sillas y apenas los caballos pudieron sostenerlos sobre las ancas: volvieron á tomar campo y arremeten con tanta violencia, que las armas centellean con el choque echando chispas; los escudos cayeron en pedazos sobre la arena, y Tablante se sintió herido aunque ligeramente. Furioso como el leon que siente en sus espaldas la aguzada saeta del cazador, arremete á su contrario, y de un bote de lanza logra derribarlo al suelo, desmontándose en seguida para concluir su existencia; pero compadecido del conde que imploraba su perdon, con la condicion de obligarse á hacer cuanto le mandase, le perdonó la vida, previniéndole se fuese á su castillo de Ricamonte en calidad de prisionero, dándole algunos dias de treguas para despedirse del rey y la reina, de su esposa y vasallos. Otorgado todo por el conde don Milan, Tablante de Ricamonte partió para sus tierras y manifestó á los suyos cuanto le habia pasado, espresando que dentro de algunos dias se presentaria el conde en el castillo donde tenian que darle diariamente cincuenta azotes para eterna deshonra del rey Artus, á cuya córte pertenecia. En el mismo castillo de Ricamonte habia treinta caballeros prisioneros vencidos por Tablante, á cuya presencia dió la órden respecto al castigo del conde don Milan.

El conde por su parte, pronto siempre á cumplir la palabra que habia dado como caballero á Tablante, se presentó al rey Artus y demas de su córte, manifestándoles su desgracia, que todos compadecieron; y en seguida partió para sus Estados y se despidió de su esposa, amigos y vasallos, suplicándoles buscasen algun medio para librarle de la inevitable prision á que su mala estrella le conducia. Llegado el conde don Milan al castillo de Ricamonte, manifestó quién era; y delante de los criados que le acompañaban, los de Tablante le dieron los cincuenta azotes que habia mandado su señor, sobre la misma acémila que alli le habia conducido, diciéndoles que participasen al rey Artus el deplorable estado en que habia quedado el conde. Los sirvientes partieron para su tierra, y presentándose al rey le manifestaron cuanto les habian dicho y ellos habian presenciado en el castillo de Ricamonte.

Al rey y la córte, lo mismo que á la esposa, deudos y vasallos del conde, se les aumentó el encono y resentimiento al saber el inhumano porte que con él se habia usado.

La desgracia de don Milan no se apartaba un instante del corazon del monarca que le amaba demasiado; y en uno de los dias en que se hallaba solo con la reina y un apuesto doncel, no pudo menos de esclamar: Qué desgraciado es el conde! parece increible que de tantos caballeros como existen en la córte, no haya uno solo que se haya ofrecido á sacarle del horrible cautiverio en que se halla sumergido. Jofre que oyó al rey espresar sus sentimientos, no pudo menos de avergonzarse, al pensar que en la córte de tan poderoso monarca no hubiese un caballero capaz de mitigar su amargo pesar, libertando al conde de la prision que sufria; y postrado á las reales plantas, le dijo: Poderoso señor, os suplico encarecidamente tengais á bien de armarme caballero, y á fé de tal, os juro por la reina mi señora, que presencia estos votos que no descansaré hasta encontrarme con Tablante de Ricamonte y exigirle la mas completa satisfaccion por el agravio que os ha hecho, y á todos los caballeros de la Tabla Redonda, con la prision del ilustre conde mi pariente, á quien ha tratado cual pudiera hacerlo con un facineroso. El rey se enterneció al escuchar la caballerosa oferta de su doncel, pero no queria consentir que un jóven que apenas contaba diez y ocho años, fuese á esponer su vida en contra de un enemigo tan formidable y temible como era Tablante; pero la reina que tenia el mas convincente presentimiento de lo mucho que valia el imberve Jofre, suplicó al rey encarecidamente accediese á la demanda, á lo que no pudo resistirse el condescendiente soberano.

Armado Jofre caballero por los mismos reyes, á presencia de todos los demas de la córte, pidió licencia para partir á cumplir la palabra que tenia empeñada: y concedida aquella, la reina le regaló una brillantísima armadura que podia competir con la mas rica que tuviera el mas poderoso caballero de la Tabla Redonda; un brioso corcel azabachado, animaba el esforzado corazon del novel caballero que se juzgaba invencible: montó en él, y al despedirse de los reyes que le miraban entusiasmados desde uno de los balcones del palacio, la reina le dijo cariñosamente: Querido Jofre: ya sabes que por mis súplicas has sido armado caballero; y asi quiero que desde hoy lo seas mio, pues esta es la voluntad del rey y la mia. Tus hechos nos acreditarán si correspondes ó no á la confianza y aprecio que te hemos dispensado. Jofre contestó: ilustre señora, yo os juro por lo que mas amo sobre la tierra, que vuestras esperanzas quedarán cumplidas, y si faltase á las re-

glas que debe observar el buen caballero, que el Cielo no me alumbre con el sol que vivifica la tierra y calienta á los mortales; asi dijo, y aplicando la espuela á los hijares del caballo, desapareció como un relámpago, quedando los reyes entre el temor y la esperanza del éxito de aquella empresa.

A la segunda jornada varió nuestro héroe de direccion, metiéndose en un espesísimo bosque, por el que anduvo errante mas de tres dias, sin que le sucediera cosa notable; pero saliendo al fin de aquella fragosidad, reparó en una encantadora floresta á la que embellecia una bien surtida fuente de cristalinas aguas, cuyas corrientes serpenteaban mansamente por entre las variadas flores, formando un dulce y apacible susurro que convidaba á descansar al peregrino y al viajero. Asi lo hizo el valeroso Jofre echando pie á tierra, y soltando al caballo para que se solazase y paciese: él se quitó el yelmo, y despues de haber bebido el agua suficiente para apagàr la sed, se recostó á descansar. Aun no habia cerrado sus lindísimos párpados, cuando observó que se dirigia á él un caballero armado; púsose el yelmo y le esperó tranquilamente á que se le acercara; pero cuál fue su asombro é indignacion, cuando vió que el recien llegado le acomete sin hablarle una sola sílaba, y hallándole desprevenido da con él en tierra? Furioso se levantó y montando ligeramente en su caballo, que aun no se habia apartado de su lado, saca la espada y arremete al desatento caballero que tan cobarde y traidoramente le habia maltratado sin motivo. Pocos tajos fueron bastantes para que el audaz desconocido reconociese la destreza y valor del que acababa de ofender, pues roto el escudo y abollado el yelmo cayó del caballo aturdido y desalentado. Jofre tuvo intencion de cortarle la cabeza en desagravio de la ofensa recibida, pero su generosidad no le permitió cometer tal atentado; contentándose con reprenderle por su agresion injusta y desatenta. El caballero se disculpó diciéndole: dispensadme ¡oh señor! el agravio que engañadamente os he hecho; el caballo que traeis es idéntico al de otro caballero que mató á traicion á un hermano mio; y por esto he padecido la equivocacion de teneros por él. Jofre le preguntó hácia dónde caia el castillo de Ricamonte; á lo que no supo dar razon el vencido caballero; pero le señaló una abadía de monges que se hallaba cercana, y en la que se creia podian satisfacer su curiosidad. Nuestro jóven vencedor impuso al desconocido el castigo de presentarse en la córte del rey Artus, y ponerse á las órdenes de la reina Ginebra, su señora, y de quien habia sido elegido caballero. El desconocido lo verificó á pocos dias. Llegado á la córte se presentó á la reina, segun lo habia ordenado Jofre, y le manifestó cuanto habia pasa-

do con su caballero. S. A. llena de júbilo y radiante de alegria, se lo notificó al rey, quien convocando á todos los caballeros de su córte, los hizo escuchar el relato que el forastero hizo dela primera victoria del imberve Jofre, de quien aseguró el prisionero no haber visto caballero mas bizarro ni diestro en jugar las armas. Todos se alegraron del primer triunfo del bravo doncel, presagiando otros muchos y mas grandes que alcanzaria en la noble empresa que habia emprendido. Los reyes en obsequio de las gratas nuevas que les habia dado, permitieron al desconocido caballero se volviese á sus tierras, quedándose ellos y los demas caballeros de la Tabla Redonda solemnizando el dia que tan felices noticias habian recibido.

CAPITULO II.

Jofre marcha en busca de Tablante y encuentra un enano que guardaba la lanza peligrosa por mandado del señor á quien servia; se bate con él, le vence, y da libertad al enano y veinte caballeros que estaban presos en una torre.

Deseoso nuestro héroe de hallar noticias del castillo de Ricamonte, se dirigió á la abadía que le señalara el vencido caballero que habia mandado á su señora la reina: llegado á aquel asilo consagrado á la penitencia y á la hospitalidad, los monges le recibieron con agrado, haciéndole descansar algunas horas y confortar su estómago con las viandas que le presentaron: despues de haber recuperado las fuerzas perdidas á impulsos del cansancio y la fatiga, dió gracias á los respetables religiosos por su obsequiosa filantropía, y despues de tomar las señas del camino que debia proseguir para lograr su objeto, se puso en marcha por una llanura tan dilatada en la que en dos dias nó pudo distinguir planta, árbol, fuente ni arroyo en que guarecerse de un sol abrasador que le abrumaba y de la devoradora sed que le consumia; en vano giraba la vista á uno y otro lado por ver si podia distinguir alguna choza, castillo ó ganadería donde poder reponer sus estenuadas fuerzas y las de su caballo; la seca arena tan solo era la que se le ofrecia apurando su paciencia y sufrimiento.

Ya habia declinado el sol, cuando distinguió á lo lejos un robusto y altísimo pino que parecia el gigante de aquellas arenosas re-

giones, se encamino hácia él, y al acercarse notó con asombro que una lucidísima lanza se hallaba arrimada al tronco de aquel árbol pasmoso y solitario; fuese el misterio que creia encerraba aquel encuentro, ó fuese el que le pareció de mejor temple que la suya, lo cierto es que la cambió tomando la qué sé hallaba arrimada al pino y colocando en su lugar la que él llevaba.

Apenas habia practicado esta operacion, cuando se le presentó un enano que parecia haber abortado la tierra ó salido del pino, su crespo cabello gris parecido á las cerdas del jabalí; sus redondos ojos ensangrentados y medio cubiertos por unas guedejas de lana que formaban la ceja, una cabeza disforme achatada, y un cuerpo tan diminuto que apenas contendria una cuarta, formaban el todo de aquel vestiglo parecido á un ser salido de las cabernas de Pluton. Jofre se admirá al contemplar figura tan estraordinaria; pero el enano, acostumbrado sin duda á ver y aun á hablar á otros caballeros, se puso delante de Jofre y con centelleantes ojos le dijo: ¿cómo habeis tenido el atrevimiento de arrebatar la lanza que está encargada á mi vigilancia? Nuestro jóven le respondió sonriéndose con desprecio: ¿eres tú el guarda de esta lanza? El enano hizo una señal afirmativa y principió á dar unos gritos tan descompasados que se dejaban oir en muchas millas.

A poco rato divisó el esforzado Jofre que un caballero perfectamente armado se dirigia hácia él apresuradamente; el doncel le esperó con la serenidad mas completa que puede imaginarse hasta el mismo instante en que aproximándose el recien llegado le dijo: ¿Quién os ha dado permiso para tomar esa lanza sin que primero hayais sabido á lo que está obligado el caballero que tal hace? Decídmelo y lo sabré, respondió Jofre sin perder un ápice de su sangre fria. Sabed, pues, dijo el caballero de la interrogacion, que el que toma esa lanza está obligado á una de dos cosas: ó á batirse conmigo ó á ir preso á aquel castillo; y le señaló una torre que aun no habia visto el caballero de la reina Ginebra. El otro continuó: si admitís el reto y os venzo, sereis colgado irremisiblemente de este pino, como lo han sido todos los caballeros á quienes he vencido en diferentes ocasiones; y si convenís en venir preso de vuestra propia voluntad, sereis colocado en aquella torre y os destinaré á los trabajos mecánicos como al vil esclavo.

El intrépido Jofre le miró con desprecio y le dijo: Me dais á conocer en vuestro lenguaje que estais muy distante de ser un buen y leal caballero; porque el indigno trato que dais á vuestros prisioneros, mas se parece al que dan á los suyos los bárbaros tiranos del Africa, que á los que debe usar un hombre que ciñe espada y calza espuela de caballero; asi disponeos, pues sin duda el

Cielo me envió á estos lugares para que castigara tantas iniquidades y perfidias.

El caballero de la torre tomó el suficiente espacio, y lo mismo hizo Jofre, y arremetiéndose con violencia se dieron diferentes lanzadas, logrando el doncel derrivar á su contrario; luego que le miró en el suelo, le condujo al pie del pino para colgarle de él, segun lo hubiera hecho el otro si le hubiese vencido; cuya operacion mandó practicar al mismo enano que guardaba la lanza, quien obedeció temiendo sufrir la misma suerte que su señor; pero Jofre se contentó con hacerle su prisionero, y mandarle le guiara á la torre: llegados á ella, cuando ya la noche habia esparcido su manto sobre la tierra, mandó se le presentasen los veinte caballeros que en ella habia presos, á los que convidó á que le acompañasen á cenar; estos lo hicieron de buen talante, manifestándoles Jofre que quedaban en libertad bajo la condicion de presentarse con aquel enano en la córte del rey Artus, y ponerse á disposicion de la reina Ginebra su señora, participándola cuanto habia ocurrido.

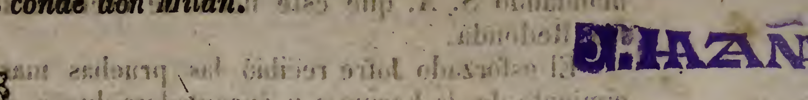
Al siguiente dia se despidieron los caballeros de su libertador, dándole las mas espresivas gracias por el singular favor que les habia dispensado con libertarles de una prision en que habian gemido mas de veinte años, y seguidos del enano se encaminaron á la córte del rey Artus, á la que llegaron felizmente, y presentados á los reyes les hicieron presente el objeto de su llegada y como habian sido libertados por el esfuerzo de su caballero Jofre Donason.

Los reyes quedaron asombrados con los repetidos triunfos de su doncel, que corrian de boca en boca en todos los círculos de la córte. Los caballeros despues de haber descansado en el palacio ocho dias, se dirigieron á sus tierras, llevándose los caballos y armas que el rey les regaló, prometiendo ellos no descansarian hasta volverse á encontrar con el esforzado Jofre para seguirle y ayudarle en sus aventuras. El enano quedó en palacio porque gustaba á SS. AA. el mirar su estraordinaria figura.



CAPITULO III.

Jofre se dirige en busca de Tablante y se encuentra con Montesinos el Fuerte; se bate con él, y liberta á Bruniesen, señora de la Floresta, sobrina del conde don Milan.





EGOCIJADO el caballero de la Tabla Redonda, despues de la ocurrencia de la lanza peligrosa y de la torre, se dirigió en busca de Tablante, y despues de cuatro dias de camino, llamó su atencion los gritos descompasados de una hermosa doncella, que puesta de pechos en un balcon de una hermosísima quinta, imploraba auxilio cubierta de lágrimas, la libertasen del formidable peligro en que se encontraba: Jofre se dirigió hácia la casa, á cuya puerta se hallaba un caballero perfectamente armado pugnando por abrirla. La linda dama al acercarse el intrépido Donason le dijo: noble caballero, por la órden que profesais, os suplico me liberteis de este importuno y grosero pretendiente, que habiendo reusado su mano diferentes veces, intenta baja y cobardemente arrebatarme y empañar mi honor en contra de todas las leyes de la andante caballeria. Yo me llamo Bruniesen, soy señora de la Floresta y dueña de esta quinteria donde me hallo de vuelta para mi palacio, pues vengo del de mi tio el conde D. Milan, de consolar á mi tia la señora condesa, que se halla inconsolable desde de la prision de su esposo, ejecutada por Tablante de Ricamonte.

Jofre quedó asombrado de tan estraña aventura, y dirigiéndose al caballero que ya estaba á caballo, le dijo: ¿Con qué derecho intentais violentar la voluntad de esta amable doncella, contraviniendo á las reglas que debe observar todo aquel que se precie de caballero? Yo la tomo bajo mi proteccion, y asi podeis apercibiros al combate, pues quiero castigar en vos la afrenta y deshonra que caeria indudablemente en cuantos visten armadura y calzan espuela, si permitiesen que, en vez de proteger á las bellezas, se las violentase y oprimiera como habeis querido hacer con esta ilustre señora.

Los dos caballeros se separaron largo trecho para encontrarse con mas violencia, con la lanza en ristre, se acometieron con tanta ferocidad, que apenas pudieron sostenerse sobre las sillas: se repitió el choque, Jofre tuvo la fortuna de derribar á su contrario, que cayó en el suelo gravemente herido de un bote de lanza; el

bizarro doncel, siempre generoso con los vencidos, le perdonó bajo la condicion de que habia de presentarse á la reina Ginebra, y manifestarla lo que le habia acaecido: demanda á que accedió Montesinos, á quien se curó con el mayor esmero, dirigiéndose despues á la córte del rey Artus, á quien dió cuenta de todo lo sucedido, mandando S. A. que este hecho se escribiera en el libro de la Tabla Redonda.

El esforzado Jofre recibió las pruebas mas grandes de agradecimiento de la hermosa y encantadora dueña de la Floresta, á que correspondió con la delicada cortesanía, propia de la esmerada educacion que habia recibido.

Al dia siguiente de la anterior aventura, Bruniesen suplicó á su libertador la acompañase á su palacio, á lo que accedió gustoso. En los dos dias que tardaron en llegar á la Floresta, Jofre participó á la dama cuanto le habia ocurrido desde que habia salido de la córte del rey Artus, de cuya relacion quedó tan prendada, que desde entonces juró no ser de otro que del valiente que tantas heroicidades habia hecho.

Llegados á la Floresta, descansó Jofre dos dias, en los que se acrecentó el amor que ya le habia inspirado la hermosa Bruniesen, quien por su parte no omitia medio para darle á conocer el que sentia su corazon: los dos se entendieron y manifestaron, jurándose un amor eterno que coronaria el himeneo, tan luego como Jofre libertara al conde D. Milan de la prision en que yacia.

Al tercer dia de su permanencia en la Floresta, se dispuso á continuar su camino, y ni los ruegos ni las lágrimas de la hechicera dueña de la Floresta fueron bastantes á hacerle retraer de su propósito; partió por fin dejándola en el mayor descensuelo, aunque dispuesta á seguirle por do quiera que fuese.

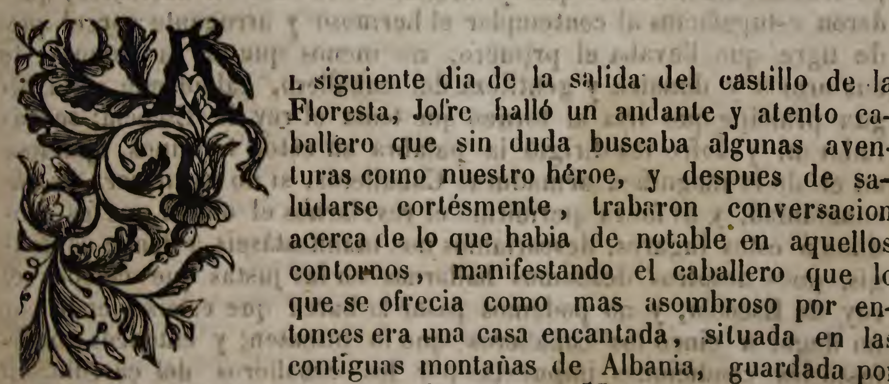
Apenas Jofre habia perdido de vista al palacio que acababa de abandonar, cuando su amante llamó á sus mayordomos y otros tres criados de su confianza, y les manifestó el deseo de seguir á Jofre disfrazada de guerrero: los criados deseosos de complacer á su señora, y anhelando por otra parte el correr tierras y emprender aventuras, aprobaron el pensaminto y se dispusieron á complacerla inmediatamente. Bruniesen se fue á la sala de armas que conservaba en el mismo estado en que se la habian quedado sus antecesores, y entre todas ellas escogió las siguientes, que vistió en el mismo instante. Una armadura de bruñida plata festoneada con diferentes esculpidos de finísimo oro, en cuyo peto se miraban las armas de su familia guarnecidas de piedras preciosas: un ligero y graciosísimo casco de relumbrante y preciosísimo acero, en cuya dorada cimera ondeaba un magnífico plumero de cisne; el yelmo, brazaletes y de-

mas de que se componia la armadura, correspondia perfectamente á la riqueza de aquella, sobre la que veianse flotar graciosamente los rubios y finísimos cabellos de la hermosa, que convertidos en lindas sortijas, embellecia el espaldar de la coraza sobre la que caian al parecer con descuido: una lanza preciosa con la banderola carmesí, y una magnífica espada guarnecida de diamantes, componian el todo de las armas de aquel Adonis convertido en guerrero.

En esta sazon ya los criados se hallaban equipados con arreglo á la magnificencia que se notaba en su señora, y cuatro magníficos caballos escarbaban la arena á la puerta principal del palacio, dando señales del deseo de hallarse en los combates: Bruniesen bajó precipitadamente y montó en un hermoso árabe cuya bellísima piel se asemejaba á la del tigre; los criados practicaron lo mismo, y todos siguieron el camino que habia llevado el afortunado Jofre.

CAPITULO IV.

Jofre encuentra un caballero que le da noticia de las diferentes aventuras que se ofrecian por entonces en aquellos contornos.



L siguiente dia de la salida del castillo de la Floresta, Jofre halló un andante y atento caballero que sin duda buscaba algunas aventuras como nuestro héroe, y despues de saludarse cortésmente, trabaron conversacion acerca de lo que habia de notable en aquellos contornos, manifestando el caballero que lo que se ofrecia como mas asombroso por entonces era una casa encantada, situada en las contiguas montañas de Albania, guardada por un formidable gigante que se llamaba el Malato, cuyo valor indecible y estraordinaria fuerza, no habian permitido jámas salir á ninguno de los caballeros que se habian atrevido á entrar en la citada casa.

Jofre no pudo menos de mostrar deseo de probar aquella aventura; el otro caballero continuó. Tambien existe no muy lejos de aqui el temible castillo de Ricamonte, cuyo esforzado dueño tiene presos á veinte caballeros de los mas valientes de estos paises. Los ojos del doncel brillaron de alegria: pero sin darlo á entender

dejó á su compañero continuase dándole noticias; este lo hizo del modo siguiente.

Lo que mas de notable se ofrece por ahora, son los torneos y justas que el rey de Escocia tiene en sus Estados, á las que concurrirán, sin la menor duda, los mas bizarros caballeros que existen en la tierra; pero para llegar allá es preciso atravesar la Normandía y un rio que la cruza que no tiene mas que una barca guardada por muchos caballeros posesionado en un fuertísimo castillo inmediato al rio: estos exigen á los pasageros que no son caballeros crecidas sumas por dejarles pasar al otro lado; y á los que lo son, les impiden el paso, á no ser que se reunan lo menos cinco: reunidos que son, salen diez caballeros del castillo y se tienen que batir uno á uno con los que pretenden pasar por la barca. Si vencen al primero no se permite el paso á los demas, y si son vencidos, es indispensable que el combate continúe hasta vencer los nueve restantes.

Jofre al escuchar tan raras condiciones, entró en deseo de probar fortuna, y se propuso á todo trance hallarse en el torneo del rey de Escocia. Convinieron pues en esperar en aquel sitio hasta que la casualidad les proporcionara algunos caballeros mas, para cumplir las condiciones impuestas por los que guardaban la barca.

Una hora haria que aguardaban, cuando divisaron á cinco ginetes perfectamente armados que se dirigian hácia ellos. Al acercarse, quedaron estupefactos al contemplar el hermoso y arrogante corcel piel de tigre que llevaba el primero, no menos que de la riqueza de sus armas y donaire y gentileza del caballero, calculando seria algun príncipe que iria al torneo que tenia el rey de Escocia; se saludaron, y Jofre les dirigió la palabra en estos términos, fijándose en el de la magnífica armadura. Caballeros, si no os sirviera de incomodidad, y os fuera permitido el revelarnos el objeto que os conduce á estos lugares, deseariamos nos manifestáseis á donde os dirigís, pues nosotros deseamos hallarnos en las justas que celebra el rey de Escocia, y no podemos pasar la barca que estais viendo por no llegar á cinco los caballeros que lo intenten; y entonces manifestó las condiciones impuestas por los caballeros del castillo. El de la luciente armadura contestó. Precisamente nosotros tambien caminamos á la córte del rey de Escocia y no tenemos inconveniente en acompañaros hasta allá.

Convenidos asi, se dirigieron á la barca, en la que ya esperaban diez caballeros armados, que les habian visto desde las almenas del castillo. Jofre se adelantó diciéndoles: los que aqui venimos queremos á todo trance pasar la barca, y no reusamos el llevar á efecto las costumbres que teneis marcadas para este pasage; con que asi podeis prepararos al combate.

Salió uno de los diez, al que del primer encuentro derribó al doncel del caballo: salió el segundo que corrió la misma suerte, con alguna mas resistencia; salieron por fin otros dos que tambien quedaron vencidos; los seis restantes viendo el esfuerzo invencible del primer caballero que se habia presentado en la lucha, le acometieron á la vez, lo que visto por los compañeros de Jofre, volaron á su auxilio, y en cortos momentos derrotaron completamente á los guardas de la barca; se apoderaron de ella y pasaron al otro lado, al tiempo que otros diez caballeros del castillo llegaban en auxilio de los ya derrotados; se renovó el combate, y despues de repetidos encuentros, botes y cuchilladas lograron los de Jofre desbaratar completamente á todos sus contrarios, no sin haber tenido la desgracia de mirar en el suelo sin sentido al gallardo caballero del caballo atigrado: Jofre se apresuró á desmontarse del suyo para socorrer á su compañero; pero cuál fué su asombro cuando al despojarle del casco y levantarle la visera, reconoció el angelical semblante de la bella Bruniesen!



Atónito y pasmado de tan raro suceso, se apresura á aflojarla la armadura, cuando la hermosa principió á volver en sí, recobrando su fuerza con el auxilio de una esencia que su mayordomo aplicaba á la afilada nariz que tanta gracia le hacia.

Vuelta en sí manifestó á Jofre lo que la habia impulsado á adoptar aquel trage, suplicándole la permitiese acompañarle en sus gloriosas aventuras hasta que el himeneo coronara su sien con la diadema nupcial; Jofre se resistió á una demanda que conceptuaba peligrosa; pero las muchísimas instancias de la bella y de los demas que la acompañaban, le obligaron á acceder.

Repuestos algun tanto de las fatigas consiguientes á la batalla que acababan de tener, partieron para Escocia, á la que llegaron con toda felicidad.

Al dia siguiente de llegar á la córte se entretuvieron en preparar las armas y caballos para las justas, y reconocer el palenque donde debian verificarse; en él fue reconocido Jofre por un caballero de los veinte que libertó en la torre, quien le manifestó que todos ellos habian llegado alli esperanzados de poder hallarle.

Por la noche se reunieron todos en la posada de Jofre, eligiéndole unánimemente por su caudillo; y concluido el acto, y despues de felicitarle por sus muchas y singulares victorias, se retiraron á descansar, esperando el siguiente dia, que era el aplazado para el torneo.

Las once en punto señalaba el relój de la plaza en que se hallaba situada la posada de Jofre, cuando todos sus caballeros montados en soberbios caballos esperaban la salida de su caudillo; á poco

rato apareció este sobre el brioso azabachado, haciendo con las manos corbetas y escaramuzas; y reunido á los suyos se dirigieron al palenque; este se hallaba adornado con magnificencia: el rey de Escocia ocupaba un dosel cubierto de damasquinas telas: á su lado se hallaban los jueces del campo y las damas de la servidumbre de la reina que se hallaba á la izquierda del rey en el mismo trono.

Los clarines dieron la señal de principiar el combate, presentándose en él con otros diez caballeros el príncipe de Normandía, á cuyo valor no pudo resistir ninguno de los caballeros que con él quisieron probar sus lanzas; pero entrando Jofre en el palenque, hizo notar al concurso la destreza y agilidad que le adornaban, y en los primeros encuentros dió á conocer al príncipe de Normandía, la diferencia que habia de él á los caballeros vencidos; se repitieron los choques, las armas centelleaban con estruendo, los escudos rodaban en pedazos por el suelo y los yelmos abollados y aun rotos, apenas podian resistir ya los golpes de los combatientes. Jofre enojado de una lucha tan pesada, tomó un espacioso trecho y arremetiendo á todo escape contra el de Normandía, le sacó de la silla por encima de las ancas del caballo, que tampoco pudo resistir el empuje del de Jofre, y ginete y corcel rodaron por el suelo cuasi exánimes. No habiendo otro caballero que se atreviera á justar con el doncel, el rey y los jueces le declararon vencedor en aquel dia.

Al siguiente sucedió lo mismo; pues nadie pudo resistir á Jofre y sus caballeros, pero al tercero se presentó el gran Mauratan de Persia, cuya colosal fuerza sobrepujaba á la del mas robusto elefante. Jofre aun no habia llegado cuando ya se hallaba en el palenque el soberbio asiático, sin que nadie se atreviera á combatir con él; entró en él el jóven caballero de la Tabla Redonda, que esta vez montaba el hermosísimo caballo de su amante y la luciente armadura que ella llevaba el dia de la batalla de la barca. Bruniesen vestida con su traje de señora presenciaba el torneo, pues Jofre la habia prohibido ponerse la armadura mientras permaneciera en la córte de Escocia.

El doncel del rey Artus paseó la plaza, y poniéndose en frente del dosel que ocupaban los reyes y jueces del campo, les hizo el saludo mas respetuoso; y en seguida dirigiéndose al gran Mauratan de Persia á todo escape, se encontraron las lanzas con tanta violencia, que las corazas en que tropezaron las mahorras brotaron tantas chispas como pudieran salir de las fraguas de Vulcano. En el segundo encuentro, se miraron esparcidos por el viento mil astillas de las gruesas lanzas, que hechas menudos pedazos sembraban el suelo, á la inmediacion de los dos combatientes. Las espadas sucedieron á las lanzas. Los reveses y tajos caian como un diluvio so-

bre las abolladas armaduras; el concurso miraba atónito aquella descomunal lucha, sin resolverse á pronunciar cuál seria el vencedor; el corazon de la amable Bruniesen palpitaba á cada golpe que paraba ó recibia su adorado: y en fin, todos, todos, cada uno por su estilo, parecian tener pendientes sus corazones del éxito de aquella nunca vista batalla.

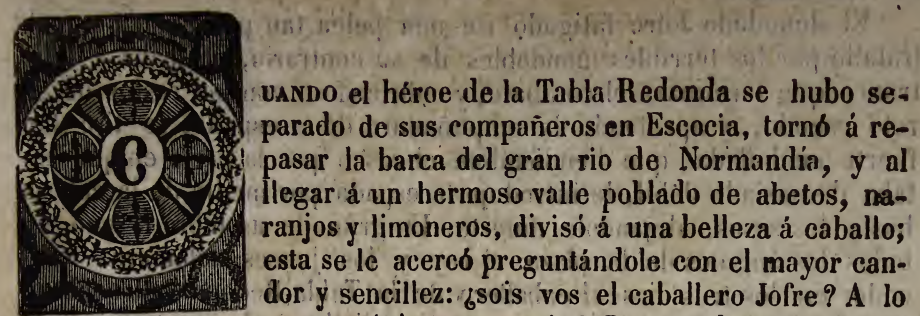
El denodado Jofre fatigado de una pelea tan prolongada y maltratado por los terribles mandobles de su contrario, deseaba á todo trance que terminara el combate; y cubriéndose con los restos de su roto escudo, y apretando la empuñadura de la espada, le tiró tan fuerte cuchillada, que hendiéndole el casco por la parte en que estaba demasiado débil, le introdujo la espada por medio de la cabeza hasta los sesos, dejándole muerto. Un grito de asombro resonó en todos los ángulos de la plaza: el rey y los jueces aclamaron vencedor en los tres dias al caballero de la Tabla Redonda, dándole el premio destinado que era una preciosa diadema de oro guarnecida de diamantes.

Coronas de laurel enlazadas con mirtos, palmas y azucenas, cayeron á los pies del vencedor á quien el público aplaudia con frenético entusiasmo: todos á una voz pidieron al rey les hiciese saber el nombre de tan valiente caballero, cuya peticion repitió el monarca. Jofre entonces levantando la visera dijo en alta voz: Poderoso señor: ilustres y hermosas damas: pueblo respetable y hospitalario: yo me llamo Jofre Donason, vasallo del rey Artus y caballero de la Tabla Redonda, fundada por él. Los vivas volvieron a repetirse con mas fuerza; dando fin al torneo que á todos dejó asombrados.

Jofre, su amada y demas amigos, descansaron algunos dias en la córte de Escocia, al cabo de los cuales se pusieron en marcha para diferentes destinos. Jofre partió en busca de Tablante de Ricamonte, y Bruniesen y los veinte caballeros con sus criados, á la córte del rey Artus, hasta donde les previno Donason fuesen acompañando á la señora de la Floresta; partieron todos en un mismo dia, llegando la jóven Bruniesen y los caballeros á la córte que se les habia ordenado; fueron recibidos por los monarcas con el mayor júbilo, y Bruniesen quedó desde luego al lado de la reina Ginebra, esperando como todos los demas que la acompañaban la deseada vuelta del gran Jofre.

CAPITULO V.

Jofre marcha en busca de Tablante de Ricamonte.—Aventuras que le sucedieron durante el viaje.



CUANDO el héroe de la Tabla Redonda se hubo separado de sus compañeros en Escocia, tornó á repasar la barca del gran rio de Normandía, y al llegar á un hermoso valle poblado de abetos, naranjos y limoneros, divisó á una belleza á caballo; esta se le acercó preguntándole con el mayor candor y sencillez: ¿sois vos el caballero Jofre? Á lo que respondió este: ¿por qué lo preguntais? Porque deseaba conocerle para darle las gracias debidas á su virtud y esfuerzo acreditado con la libertad que dió á un hermano mio preso en una torre por espacio de veinte años. Pues, señora, repuso Jofre, yo no soy el que buscais aunque le conozco demasiado.

En esto vieron venir hácia ellos un caballero armado que Jofre reconoció ser Montesinos, el mismo que habia querido robar á Bruniesen en la quinta; asi que se acercó á ellos, y reparando en la hermosa doncella, preguntó á Jofre á quien no habia conocido, si le pertenecia; á lo que contestó que no. Entonces Montesinos asiendo las riendas del caballo de la bella, queria llevársela á pesar de la resistencia que ella hacia, manifestando que solo queria encontrar al valeroso Jofre, y que no abandonaria su camino hasta lograrlo.

El atrevido Montesinos al escuchar el nombre de Jofre lejos de respetarle como á un generoso vencedor, se burló de él, insistiendo en quererse llevar á la doncella. Entonces el valeroso doncel, indignado al observar la insolencia del licencioso Montesinos, arremetió contra él con tanta furia que en el primer encuentro le derribó del caballo; y desmontándose del suyo le puso el pie sobre el pecho, y levantándole la visera le dijo: infame y mal caballero! ¿con que no has escarmentado de querer robar doncellas en vez de acatarlas y protegerlas? hoy no eres digno de mi indulgencia; y le cortó la cabeza, sin atender á los ruegos que Montesinos le hacia para que le perdonara la vida.

La doncella agradecida al favor que la habia dispensado, le suplicó la dijese quién era; á lo que contestó Jofre: Hermosa doncella, no os puedo complacer en este momento; pero partid para la córte del rey Artus, y allí hallareis á vuestro hermano, y decidle de

mi parte que el caballero de la torre y de Escocia es el que os ha libertado de ese malvado que yace exánime; lo mismo direis á la reina Ginebra, y á la señora de la Floresta añadirla qué el caballero de la quinta no volverá á turbar su reposo, pues es ese mismo que estais viendo. La doncella le dió gracias por el favor que la habia dispensado; y llegando á su casa, que no estaba lejana, partió para la córte del rey Artus, en la que halló á su hermano, contándole cuanto le habia pasado con el caballero que la libertara del atrevido que queria robarla. Por la relacion que hizo, todos se cercioraron que era Jofre el caballero de esta aventura; y Bruhiesen conoció que el muerto no podia ser otro que el infame Montesinos.

Jofre despues de haber libertado á la doncella, se acordó de la casa encantada que guardaba el gigante Malato, y deseoso de conocer este tan temible como formidable personage, se dirigió á ella por lo mas espeso de aquellos bosques. Habia andado como unas seis horas, cuando llamó su atencion una afligida muger que le llamaba á gritos; se acercó á ella y la preguntó qué era lo que se la ofrecia; á lo que le contestó: Habeis de saber, ¡oh noble caballero! que en lo mas intrincado de estos bosques se halla una casa encantada guardada por el fiero y sanguinario Malato que se halla enfermo; un mágico que le visita, le ha recetado para su cura, un baño de sangre de niños, para lo que el sayon que tiene á sus órdenes ha recogido unos treinta, entre ellos uno mio; os pido, señor, hagais un esfuerzo para libertar á aquellos inocentes de padecer el martirio á que serán condenados por el maldito gigante. Escandalizado Jofre de escuchar á la pobre madre, la dijo le guiase á la casa del Malato, lo que verificó en el momento. Llegados á ella echó pie á tierra entregando el caballo á la buena muger que esperaba con ánsia el resultado de aquella aventura.

La puerta de la casa se hallaba abierta, y Jofre se lanzó dentro sin el menor recelo, y despues de caminar por un largo pasadizo, se entró en una sala en que se escuchaban lastimeros sollozos: á la inmediacion de un lecho cubierto de ricas colgaduras se hallaba un hombre de unas tres varas, sus ojos eran centelleantes, sus labios gruesos y aceitunados, y su semblante el mas feroz que hasta entonces se habia visto: á su lado se hallaba una doncella sumamente afligida.

Tan luego como Malato distinguió al guerrero, le dijo con voz atronadora: ¿cómo has osado pisar este recinto del que jamás un caballero salió vivo? Jofre le contestó: vengo decidido á concluir con tus iniquidades y libertar á esta jóven y demas niños que tienes en tus garras; y se fue á él con la espada desnuda; el Malato le esperaba con una porra grande de hierro; pero Jofre huyendo el cuerpo de la maza, le tiró una cuchillada que se la introdujo hasta medio muslo; el Malato viéndose herido, descargó su maza que no hallando el cuer-

po del caballero porque supó huir el golpe se metió en el suelo mas de dos palmos: entonces Jofre le tiro otra cuchillada y le cortó el brazo derecho; pero el gigante asiendo la maza con la mano izquierda, le descargó un golpe tan atroz que, rompiéndole el escudo dió con él en tierra; mas la doncella prisionera ayudó á Jofre á levantarse, y no pudiendo Malato apenas moverse por la herida del muslo y brazo, por donde vertia torrentes de ennegrecida sangre, tuvo tiempo el caballero de darle otro revés, del que le cortó la cabeza.

Concluida de esta manera la lucha con el gigante, suplicó á la doncella le guiara donde estaban los niños; la jóven le condujo á una bóveda subterránea alumbrada solo por la opaca luz de una negra lamparilla de azabache; en dicha bóveda halló al sayon que se habia guarecido en ella atemorizado, quien le pidió hincado de rodillas le perdonase la vida, y le manifestaria en qué se cifraba el encanto de aquella infernal casa. Jofre accedió á la súplica, y el sayon le dijo: subios á esa pirámide y hallareis una calavera; cojedla y estrelladla contra ella y quedará deshecho el encanto. Jofre lo verificó asi; y no bien habia hecho pedazos la calavera contra la pirámide, cuando la bóveda se vió iluminada por los radiantes rayos del sol, y todos los treinta niños al rededor de ella. El héroe entregó el que pertenecia á la muger que quedaba á la puerta, mandando al sayon practicase igual operacion con los demas entregándolos á sus respectivas madres, cuyo encargo hizo tambien á la doncella y á la señora que habia encontrado primero.

Terminada la aventura de la casa encantada y del gigante, continuó Jofre su camino hácia el castillo de Ricamonte; pero diez millas antes de llegar á él, llamó su atencion un caballero desarmado y una doncella que marchaban á encontrarse con él; la jóven sollozaba amargamente, y preguntándola la causa respondió: Habeis de saber, señor, que este que veis en mi compañía es mi hermano, que se halla gravemente enfermo; marchábamos á una quinta con intencion de que tomase los aires en el campo, mas puros siempre que los que corren en las grandes poblaciones, pero al atravesar ese puente que teneis á la vista, se opuso á nuestro paso el caballero dueño de él, exigiendo de mi hermano que se batiese con él; á lo que contestó le era imposible por entonces á consecuencia de la enfermedad que padecia; el caballero entonces despreciando mis súplicas y las reflexiones de mi señor hermano, le desarmó, no permitiéndonos el paso: por lo que nos volvemos á nuestra ciudad afrentados y pesarosos, si es que no hallamos al valiente Tablante de Ricamonte ó al caballero de la lanza peligrosa, únicos que podrán salir á nuestra defensa. Jofre respondió á la afligida doncella: pues yo aunque no soy ninguno de los caballeros á quien habeis nombrado,

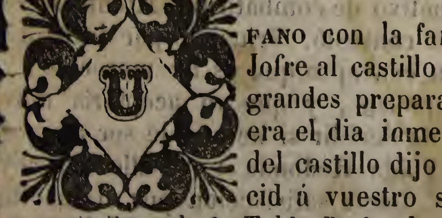
juro por la órden de caballeria que profeso, que he de castigar tal iniquidad y groseria tanta; y asi si confiais en mis promesas, volved conmigo que yo haré os faciliten el paso por el puente.

Los dos hermanos siguieron el consejo de Jofre, esperanzados en sus ofertas; y llegados al puente hallaron al caballero quien le aguardaba que les preguntó con arrogancia: ¿cómo os volveis contraviniendo mis espresas órdenes? Jofre tomó á su cargo el contestarle, y lo hizo en estos términos: Los señores me han asegurado no les habeis permitido el paso, porque este caballero no ha podido batirse á consecuencia de sus dolencias; sino deseais mas que un combate á muerte, aquí me teneis á mí que haré las veces de este doliente caballero. El del puente contestó, que ni á él ni á los demás les daria paso sin que antes pasasen por encima de su cadáver; lo que visto por el de la Tabla Redonda, le hizo seña de que se apercibiera, y arremetiendo uno y otro con la mayor furia tuvieron el primer encuentro sin causarles notable sensacion; pero en el segundo acertó Jofre á meterle la lanza por uno de los costados de la armadura por donde la abrochaba, y lo derribó del caballo echando torrentes de sangre por la boca, de cuya herida murió á los pocos instantes.

Los dos hermanos dieron á Jofre las mas espresivas gracias; el que contestó devolviéndoles las armas que les habia quitado el del puente, que si deseaban volverle á ver, fuesen á la córte del rey Artus y manifestaran aquella aventura: á lo que accedieron los agradecidos hermanos, despidiéndose de Jofre que siguió el camino del castillo de Ricamonte.

CAPITULO VI.

Llegada de Jofre al castillo de Ricamonte.=Entrevista que tuvo con Tablante.=Batalla con el mismo; por la que queda en libertad el conde don Milan.=Regreso de todos á la córte del rey Artus; recibimiento que se les hizo.=Reconciliacion, bodas y conclusion.



UFANO con la famosa aventura del puente, llegó Jofre al castillo de Ricamonte, en el que se hacian grandes preparativos para celebrar la Pascua que era el dia inmediato; puesto delante de la puerta del castillo dijo á un criado con imperiosa voz: Decid á vuestro señor Tablante, que aqui se halla un caballero de la Tabla Redonda deseoso de combatir con él, para vengar los agravios que ha hecho á la córte del rey Artus mi so-

berano, en la persona del conde don Milan, á quien ha tratado como á vil esclavo. El criado pasó inmediatamente el recado al señor de Ricamonte, que se asomó á un balcon por ver quién era el temerario que osaba venirle á desafiar á su mismo castillo.

Efectivamente, desde el balcon pudo examinar á sus anchas el caballo, armas y ginete que tenia á la puerta, quedando admirado así de la gentileza del caballero, como de la hermosura y lozanía del caballo y la magnificencia y fortaleza de las armas. Bajó Tablante á recibir á su enemigo; pero no como lo hacen los hombres poco generosos, sino como lo practican los caballeros valientes; le saludó cortesmente, á que contestó Jofre con la misma cortesanía; en seguida le suplicó Tablante tuviese la bondad de apearse y descansar aquel dia y el otro en su castillo, respecto que era la Pascua y no estaba en el órden pelear en dia tan solemne, prometiéndole que pasada, quedaria complacido. Accedió Jofre á tan religiosa demanda y echó pie á tierra, viniendo en seguida dos criados de Tablante, que el uno se encargó de desarmar y cuidar al caballero, y el otro al arrogante corcel que todos admiraban.

Desarmado Jofre, pasó á la sala en que le esperaba Tablante con otros caballeros amigos suyos, y todos se asombraron al mirarle tan jóven y tan atrevido, atribuyendo su decision á un grave compromiso, ó á un acto de desesperacion. Sentados todos en cómodos y magníficos sitiales, tuvieron tiempo de examinar mas á su placer al jóven Jofre, quien les dejó admirados con sus delicados modales y su mucha instruccion en todo lo concerniente al manejo de las armas, leyes y reglas de la andante caballería. Tablante quedó prendado del fino trato de su huésped, y no dudó seria hijo de un muy grande caballero.

Al siguiente dia, que era el de Pascua, salieron á paseo solos; y Tablante dijo al de la Tabla Redonda: Confieso que estoy prendado de vuestra gentileza, agradable trato, y sobresaliente instruccion en el manejo de las armas; y por lo tanto desearia que el combate aplazado no se efectuara; antes por el contrario, que nos jurásemos una amistad sincera y de la mas larga duracion desde este momento; para cuyo acto suplícoos encarecidamente me digais vuestro nombre, de quien sois hijo, y cuál es el motivo de combatirme. Atento Jofre á la manifestacion de Tablante, le contestó. Principio por daros las mas espresivas gracias por el buen concepto que os he merecido; y respecto á la amistad que me proponeis, y que yo aceptaría muy gustoso, vos sois el único que ha de decidir si hemos de ser amigos ó enemigos. Soy caballero de la Tabla Redonda y vasallo del rey Artus, y vengo á exigiros la mas completa satisfaccion por el insulto hecho á mi rey y á los caballeros de la órden en la persona del conde don Milan, á quien habeis tratado cruelmente; esto por sí solo serí